

Dos Ensayos Magistrales

Por Silvio Villegas

LOS DEBERES DEL LETRADO

Don Manuel del Socorro Rodríguez, como todos los hombres que han dejado en la historia la huella de su paso, en todo pensó al fundar el **Papel Periódico de Santa Fe**, menos en la obra monumental que estaba creando. Ciento cincuenta años han corrido desde entonces, en agitado torbellino de esfuerzos y de sacrificios, de triunfos y de caídas, de laxitud y de heroísmo, de agravios a la legalidad y de apoteosis a la justicia, de esperanza y desilusión, sin que haya sido posible apagar nunca el fuego de la inteligencia, encendido por aquel prócer en los altares de la libertad. Aun bajo el hostigo de gobiernos paternos o en el rigor de nuestras guerras civiles, se publicaron hojas clandestinas o periódicos de combate, en la bohardilla del revolucionario o en el vivac del campamento. Considerada intelectual y políticamente, la historia de Colombia es el armonioso florecimiento de una asociación de periodistas. Caldas, Torres, Nariño, preparan desde las columnas de la prensa la epopeya emancipadora; Bolívar, Santander, Vicente Azuero, Vargas Tejada, Francisco Antonio Zea, anuncian, entre el fragor de las polémicas, el nacimiento de la república; Fernández Madrid, Florentino González, José Eusebio Caro y Mariano Ospina, Sergio y Julio Arboleda, Manuel Murillo y Tomás Cipriano de Morquera, José Joaquín Ortiz y Rufino Cuervo, Manuel Ancizar y Salvador Camacho Roldán, Lorenzo María Lleras y Santiago Pérez, Tomás Cuenca y José María Samper, Fidel Cano, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, infunden, en papeles efímeros, un sentido inmortal a nuestras querellas perecedoras; Rafael Núñez hace de su pluma una brújula, un gobernalle y una quilla; Carlos E. Restrepo, Rafael Uribe Uribe, José Vicente Concha, Nicolás Esguerra, Pedro

NOTA.—A finales del año falleció este destacado escritor caldense que ocupó buena porción de la historia política de Colombia de hoy con su prosa y oratoria eminentes. En su recuerdo recogemos aquí dos ensayos suyos que testimonian la valía de su obra.

Nel Ospina, Hernando Holguín y Caro, Enrique Olaya Herrera, Guillermo Camacho Carrizosa, sientan desde las columnas de la prensa, las bases fundamentales de nuestra estabilidad política. La prensa está con los precursores en el destierro; con los libertadores, en el campamento; con los estadistas, en el gobierno; con los creadores, en la oposición; con los mártires, en el patíbulo; con la Iglesia, en el santuario; con el honor nacional, en la claudicación y en la derrota. Ella es al propio tiempo cuna y sepultura de la libertad; matriz soberana de inmortales principios o mensajera vengadora de la justicia eterna; radiante emblema de la paz o fulgurante rayo de la tormenta; cruz y espada; diadema de las consagraciones en las sienes del héroe o del político; corona de espinas en la cabeza del justo.

Uno de los fenómenos característicos de nuestro tiempo es que el periódico va desplazando al libro. La cultura es el análisis; la civilización es la síntesis. A los gobelinos flamencos, infinitamente bordados, sucede el telar mecánico; a la pausada acémila, el motor de explosión; al trébuco, la ametralladora, que dosifica la muerte; el artículo de periódico, a la caudalosa literatura de las bibliotecas. "El mundo de los libros, con su abundancia de puntos de vista, que obligaba al pensamiento a crítica y selección, ya sólo existe en realidad para círculos pequeños. El pueblo lee un diario, su diario, que en millones de ejemplares entra todos los días en todas las casas, mantiene a los espíritus bajo su encanto, hace que se olviden los libros y, si uno u otro de éstos se insinúa alguna vez en el círculo visual, elimina su efecto mediante una crítica parcial". Físicos, químicos, matemáticos, historiadores, novelistas, jurisconsultos, tienen que apelar al periódico, a la revista, si quieren alcanzar plena vigencia en los medios cultos. Aislarse de los grandes rotativos es permanecer al margen de la vida. El diarismo es el sistema arterial de las sociedades modernas.

El hecho es inevitable, pero no debemos considerarlo como una gran desdicha para la cultura, sino como un principio de universal palingenesia. Tenemos así libros, universidades y escuelas a bajo precio, que deben utilizarse para una acción redentora. Este sacerdocio laico impone responsabilidades y deberes. El periodista ya no puede ser el comentador superficial de los sucesos diarios, sino un guía tan ilustrado como culto, un humanista que abarque, con serena visión, todos los problemas de su siglo.

El director de un diario moderno debe ser un intelectual puro, es decir, un hombre hecho para comprender. Historia, literatura, economía, derecho internacional, ciencias políticas, sociología, ninguna actividad humana puede serle indiferente. "El verdadero trabajo del periodista, —anotaba Jacques Bainville, que lo fue en grado excelentísimo—, el trabajo en que debe emplear sus esfuerzos, no es escribir, sino, sobre todo, y antes que todo, instruirse para escribir". El periodista auténtico es el que se siente capaz de dirigir la opinión ilustrada de un pueblo. Sólo elevando el nivel cultural de las masas y haciendo de cada periódico una cátedra, lograremos evitar un regreso hacia la más espantosa barbarie.

Si exceptuamos la colaboración europea de los diarios argentinos, Colombia tiene hoy la prensa mejor escrita de nuestra América.

En todos los continentes el periodismo ha sido considerado como un intermediario entre la filología y el folklore, entre el idioma culto y la lengua común hablada, entre el erudito y el pueblo. En cambio, entre nosotros, las obras clásicas hay que buscarlas en los editoriales de combate. Allí encontraremos a Rufino José Cuervo, a Juan de Dios Uribe, a Miguel Antonio Caro, a Marco Fidel Suárez, a Juan de José Restrepo, a Guillermo Valencia, esclareciendo la gramática y la filología, con páginas destiladas en el filtro de las academias. A pesar del adelanto industrial seguimos teniendo en la prensa escrita insignes profesores del idioma. El editorial, tan bellamente llamado por nuestros abuelos "artículo de fondo", es todavía una pequeña obra maestra. Aquí se conjugan noblemente el diario de información con el diario de opinión; la industria con el ingenio; la noticia con la doctrina; el negocio con la libertad espiritual. Lo único que ha desaparecido irremediamente es el panfleto, que en el pasado fue una de las bellas artes. El libelista de hoy no se bate como el de antaño a daga o a pistola, sino con la silvestre macana; el pujante remo de las aves de altanería ha sido reemplazado por la viscosa membrana de los batracios.

El concepto de libertad se va desplazando en el siglo XX del plano político al plano económico. Una vez que la prensa se hizo libre frente a los gobiernos, encontró un amo todavía más exigente: el dinero. El periódico de cuatro páginas, sin anuncios y sin vida social, donde algunos maestros del idioma escribían páginas inmortales, mechero de nuestras revoluciones civiles o pura lumbre de amanecer, ha sido substituído por la más lucrativa de las industrias: el diario moderno. Allí está el peligro. En Europa se ha observado que hasta los más violentos panfletos contra el capitalismo los paga la plutocracia de ambos mundos. Paul Brulat hablaba hace algunos años, con visión profética, de la obligación de salvar la independencia del pensamiento humano. "La combinación financiera, escribía, ha matado la idea, el reclamo ha matado la crítica. Directores y redactores llegan a ser simples asalariados. Su papel es entretener al lector para llevarlo hasta los anuncios de las páginas interiores. El dilema es someterse o abdicar. Algunos se resignan y se convierten en criados. El silencio se vende; los elogios se compran. En esta forma se pierde toda fe en la independencia del espíritu. La dura realidad de la esclavitud económica destruye la teórica libertad política, lo mismo en la derecha que en la izquierda".

El público no tiene hoy más defensa contra el poder ilimitado de los diarios que la moralidad de sus directores. Para el lector común, siempre ávido de noticias, lo mismo es un periódico escrito en buena lengua, que la gaceta cosmopolita redactada en el idioma de los grumetes. En su vasta epopeya de la historia universal anota Oswald Spengler el influjo a la vez funesto y constructor del diarismo en las sociedades modernas: "La libertad de imprenta ha dado vía libre a los futuros césares de la prensa mundial. El que sepa leer cae bajo su imperio; y la ensoñada autonomía se convierte, para la democracia posterior, en una radical servidumbre de los pueblos bajo los poderes que disponen de la palabra impresa. También aquí triunfa el dinero

y obliga a su servicio a los espíritus libres. No hay domador de fieras que tenga mejor domesticada su jauría. La prensa es hoy un ejército, con armas distintas, cuidadosamente organizado; los periodistas son los oficiales; los lectores son los soldados. Pero sucede aquí lo que en todo ejército: el soldado obedece ciegamente, y los cambios de objetivo y de plan de operaciones se verifican sin su conocimiento. El lector no sabe nada de lo que sucede, y no ha de saber tampoco el papel que representa. No hay más tremenda sátira contra la libertad de pensamiento. Antaño no era lícito pensar libremente; ahora es lícito hacerlo, pero ya no puede hacerse. En lugar de la hoguera aparece ahora el gran silencio. La dictadura de los jefes de partido se apoya sobre la dictadura de la prensa. El pensamiento, y con él la acción de la masa, queda sujeto bajo su presión de hierro. Por eso, y sólo por eso, se es lector y elector, esto es, dos veces esclavo”.

Si hablo del tema es con el criterio del navegante, que señala un escollo para evitar un naufragio. La prensa mediatizada por el capital o envilecida por el criterio de secta, no sólo no cumple su alta misión, sino que es degradado agente de la esclavitud. El peligro se agrava en las naciones de Hispanoamérica, siempre amenazadas por el imperialismo de la riqueza. El día en que los periódicos colombianos se vean sojuzgados por la finanza cosmopolita será el último de nuestra existencia como nación soberana. En Colombia ha sido posible comprar funcionarios, jueces y representantes; periodistas nunca.

El que habló de la soberbia independencia de nuestros diarios hizo un acto de justicia. El escritor entre nosotros no tiene más caja de caudales que su limpieza espiritual. Los gobiernos no lo pagan; su partido no lo encadena; el avisador no tiene más derecho que reclamar por la colocación de sus avisos. Toda su obra está hecha de rectitud, de respeto a las ideas, de desinterés y laboriosidad. En Colombia no prosperan las hojas mercenarias que sirven a los magnates del dinero.

Felizmente va desapareciendo del país la hora corsaria, donde los bucaneros de honras decoraban los mástiles de su pluma con las cabezas ensangrentadas de sus víctimas. La opinión pública se encarga de notificarle al libelista cuánto se envilece con sus injurias. La eficacia de un diario de oposición está en medida directa con la equidad de sus juicios. Escribir para un solo partido es una limitación; hay que pensar y escribir para la nación entera. Golpear ciegamente, sin un cálculo de probabilidades, confundiendo un asesinato con el sacrificio de un insecto es batirse en una encrucijada.

La vida privada de los ciudadanos es un santuario, cuyos umbrales no pueden traspasarse sino con los pies descalzos. Nunca se tomarán precauciones suficientemente severas para asegurar el respeto que se le debe. Hay, sin embargo, una diferencia que hacer entre el ciudadano que se consagra al servicio público y el que permanece estrictamente en la vida privada. Los cargos del Estado no son obligatorios; quien los solicita y alcanza tiene que aportar un pasado sin tacha y un crédito inmaculado. Así se trate de una función o de un mandato público, quien lo ejerce debe ser un hombre honrado y un hombre de honor. Si no lo es, importa al patrimonio superior del Es-

tado, más todavía que a la ética social, que la prensa, intérprete de la conciencia colectiva, sea libre para decirlo y probarlo. No temáis si entonces se os llama libelistas, panfletarios, calumniadores, ya que denunciar a los enemigos del bien público es la mejor acción que un varón justo puede realizar en este bajo mundo.

Hace varios siglos que en el *Lí k'i* estableció Confucio los deberes del letrado. Hasta hoy no ha sido posible modificar esta tabla de valores morales:

“El letrado vive con los hombres de su época y reflexiona con los antiguos. Obra según su siglo; las edades venideras deben imitarlo. Si lo detestan los contemporáneos, si no lo exaltan los superiores, y los inferiores no lo alaban, si los indignos se agrupan para perderlo, pueden hacerlo morir, pero son incapaces de quebrantar su voluntad. Su inquietud y su pensamiento van hacia los humildes. Escoge a las gentes de bien y las candidatiza, descontando la recompensa. Cuando analiza los propósitos de los gobernantes, su única intención es el bien común. No busca ni fortuna, ni distinción. Por eso escoge los méritos y favorece los talentos. En épocas apacibles es digno. En épocas turbulentas, incorruptible. Ante los gobiernos tiránicos sostiene sus principios. Esta es su actitud moral. No acepta ni ministerios ni magistraturas. *Tai* es su regla.

“Dulzura, bondad, es el tronco del humanismo; respeto a sus conciudadanos; simpatía, la arcilla de que está hecho; sus frutos, generosidad y benevolencia. En la pobreza, en la adversidad, el hombre de letras no se dobla como el trigo segado. En la riqueza, en los honores, no se hincha de alegría, ni de orgullo; ni príncipes ni reyes, pueden deshonorarlo; nada oficial puede oprimirlo. Así se yergue: eminente; su conducta es excepcional”.

Un diario moderno ya no es la expresión individual de un hombre sino, más bien, la de un conjunto social. El director, que participa a la vez de la naturaleza del almirante y del profeta, indica los peligros, propone los remedios, avizora el futuro. Si se pierde en los detalles se olvida de la grandiosa misión que debe cumplir.

En torno suyo se mueve un equipo de operarios anónimos que trabajan, como los soldados de un gran ejército, cumpliendo las más arriesgadas consignas, por la gloria de su capitán. Su responsabilidad es egregia y su recompensa ninguna. En las oficinas públicas, en los suburbios, en el café, en la calle, persiguen la noticia desconocida, con sagacidad de detectives. Políticos, magistrados, hombres de negocios, los adulan y los temen. Su tarea es tan elevada como miserable su salario. De todos los trabajadores el cronista es el único que no puede organizarse en sindicatos, para mejorar sus condiciones económicas, armado como vive en batalla contra sus despabilados compañeros. La propia ceremonia fraternal que hoy los congrega será para ellos un motivo de lucha, porque los exigentes directores los obligarán a competir en la presentación de esta noticia fresca. Generosos y gallardos, no le rinden culto sino al talento. Ni la fatiga los incomoda, ni el sueño los vence. Viven ordinariamente sin blanca, pero cenan, a veces, como ministros, con los advenedizos de la gloria. El cronista es el judío errante de la novedad, en guerra perpetua con la vida monó-

tona, intrépido marino que encuentra en las tempestades su pan cotidiano.

Viene, luégo, la anónima colaboración pública. Todas las actividades cívicas confluyen misteriosamente a las redacciones de los diarios. Allí van el ministro, el gobernador, el alcalde, el comerciante, el banquero, el sacerdote, el médico, el jurisconsulto, el agricultor, el obrero, buscando un vehículo para movilizar sus intereses o sus ideas. Un periódico es el observatorio de la comedia humana, confusa mezcla, el que degrada el diarismo hasta el nivel de sus mezquinas afidez y de generosidad extraterrestre. El público es, en última instancia, el que degrada el liarismo hasta el nivel de sus mezquinas aficiones, o quien puede levantarlo hasta la esfera donde se remontan sus anhelos. Y qué mucho si el periódico es un crisol donde el director presta su ingenio, la opinión pública sopla con sus lenguas de fuego y la sociedad arroja el oro de sus filones ocultos. De los quilates del mineral aportado depende que en el crepitante fondo se cuaje el falso brillo de las aleaciones, el sólido rayo de las espadas o la purísima lumbre de las custodias, trono y asiento de la sabiduría.

El periodismo colombiano ha sido el reflejo de nuestra atormentada vida pública: una interminable polémica; un toque de rebato; antaño un concilio; ayer una academia; hoy una cátedra; siempre un vasto anfiteatro de gladiadores coléricos, vigilados en las ensangrentadas arenas, entre cascos despedazados y espadas trucas, por la fiel imagen de la patria, que glorifica a los paladines con el brillo de sus coronas augustas.

La prensa es entre nosotros soberanamente libre, pero esto mismo está indicando que debemos hacernos dignos de las instituciones que la consagran. Así como el médico persigue al curandero, el abogado al tinterillo, el arquitecto al maestro de obra, les corresponde a los publicistas responsables defender a la sociedad de los malhechores de la pluma, que desfiguran los hechos, desorientan la opinión y envenenan a las masas con los alcaloides de la anarquía. Las leyes contra la libertad de palabra son tan inútiles como odiosas. Ya se dijo que la cabeza proconsular de Camilo Torres no había sido nunca tan elocuente como en la escarpia donde estuvo colgada.

El defecto capital de las dictaduras modernas es su empeño insensato de dirigir la inteligencia, implantando un perfecto conformismo en las esferas de la cultura y del arte, con un menosprecio absoluto de la gracia, la originalidad y la belleza. El espíritu no es posible someterlo a cánones o a reglas como la economía. Las dictaduras del Renacimiento italiano toleraban hasta la exageración la independencia intelectual y moral de los grandes artistas. Aquellos déspotas elegantes y eruditos estimularon el florecimiento de animales espléndidos, luchadores y fuertes como Benvenuto Cellini. En estas cortes refinadas se formaron Leonardo de Vinci, Pico de la Mirándola, Leo Bautista Alberti, Lorenzo Vala, genios universales y superiores. Acusado un día ante el Pontífice, Benvenuto Cellini, por varios crímenes, aquél se limitó a decir: "Sabed que un hombre único en su arte, como es Cellini, no debe someterse a las leyes ordinarias, y menos él que ninguno otro, porque conozco la razón que le asiste". En cambio,

en Rusia, ha sido preciso hacer una poesía, una literatura, una filosofía, una ciencia, de acuerdo con los principios establecidos por el gobierno. Los grandes escritores han tenido que emigrar.

En Rusia hay que pensar de acuerdo con normas fijadas por funcionarios analfabetos. La patria de Pauskine, de Dostoievsky, de Gogol, de Tolstoi, de Turgueneff, no ha producido en los últimos veinte años un poeta, un novelista, un letrado de nivel europeo. No hay un solo libro en este período histórico que pueda leerse con deleite. Con la independencia desaparecen todas las formas de arte, sociabilidad y refinamiento, que exaltan y magnifican la vida. La libertad y la belleza necesitan los espacios abiertos. La mariposa sólo exhibe el milagro de sus alas cuando abandona la crisálida que le sirve de sepultura.

La libertad de palabra no es sólo una salvaguardia del interés público, sino una de las grandes leyes históricas de la nación colombiana. Todas nuestras constituciones la consagran. Su plena vigencia coincide con largos períodos de paz pública. El diario de oposición es la vesícula biliar de los ciudadanos descontentos. Lo único que lograría desatar nuevamente entre nosotros las guerras civiles sería la restricción de la libertad de imprenta.

El Libertador, en uno de sus sueños cesáreos, proponía la creación de una Cámara Moral, que debía ejercer, por medio de la prensa, la censura de la conducta pública. Los censores deben tener cuarenta años y son vitalicios. "Ejercen, dice Bolívar, una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Atenas y de los Censores de Roma. Serán ellos los fiscales contra el gobierno para velar si la constitución y los tratados se observan con religión. He puesto bajo su égida el juicio nacional, que debe decidir de la buena o mala administración del ejecutivo. Son los censores los que protegen la moral, la ciencia, las artes, la instrucción y la imprenta. La más terrible como la más augusta función pertenece a ellos. Condenan a oprobio eterno a los usurpadores de la autoridad soberana y a los insignes criminales. Conceden honores públicos a los servidores y a las virtudes de los ciudadanos ilustres. El fiel de la gloria se ha puesto en sus manos; por lo mismo, los censores deben gozar de una inocencia intacta y de una vida sin mancha. Si delinquen serán acusados por faltas leves. A estos sacerdotes de las leyes he confiado la conservación de nuestra sagradas tablas, porque son ellos los que deben clamar contra los profanadores".

La idea del Libertador no es ni fantástica ni utópica. El empeño primordial del Estado debe ser la formación de los directores de su conciencia. El periodista, si cumple cabalmente su elevada misión, tiene que ser un hombre universal, con nociones precisas sobre las ciencias fundamentales de la sociedad, sometido a una disciplina estricta como los miembros de las organizaciones monásticas. En Europa ya lo han realizado así algunos magos de la palabra, con el sorprendente resultado de modificar la dirección de los espíritus y de las inteligencias, imponiendo una doctrina que hace cuarenta años parecía definitivamente vencida. Es el premio de la constancia, de la sabiduría, del ascetismo. Ningún sacrificio debe parecer excesivo para construir una

patria bella y heroica. Una fuerza mística agita a este pueblo; vuestro deber es aconsejarlo, con una conciencia augusta; servirlo siempre.

Nuestra pequeña Colombia algún día será grande, culta, universalmente respetada. Las generaciones futuras la verán a la cabeza del Continente como la soñaron los próceres. Desde la epopeya emancipadora, hasta nuestros días, cada promoción humana ha cumplido su deber, en la paz como en la guerra, luchando abnegadamente por ideales de fraternidad y de justicia que interpretan nuestra existencia como nación. En el inmenso estuario de la historia se perderán en apariencia los esfuerzos individuales; pero la corriente sigue su marcha, enriquecida por el tributo de los que sirvieron sin premio. La grandeza de la patria futura será vuestra gloria, así como la espiga es la corona de la semilla.

No se puede ser buen periodista sino cuando se tiene la locura de conquistar almas. La verdad, según el oráculo del Evangelio, debe predicarse "hasta sobre los tejados". Hay periódicos consagrados al servicio de una doctrina, y otros por donde transitan todas las ideas, semejantes al pavimento de las calles. Sin cerrar nunca las puertas a ninguna manifestación de la inteligencia, que vuestra vida sea una fortaleza de la honradez espiritual, vuestra pluma una lanza, vuestros editoriales un escudo, vuestro periódico una barricada.

LA CANCION DEL CAMINANTE

El amor puede llegar a ser por sí mismo un sentimiento negativo. Ninguna pasión necesita como ésta un ritmo, una pausa, cierta sensatez, porque si no el paraíso se convierte en un infierno. Aquí se trata de la coexistencia de lo infinito con lo finito, del cosmos con nuestro propio ser. La juventud toma el amor de una manera absoluta, como un hecho irrevocable y eterno. De allí nacen los matrimonios prematuros, que son casi siempre una desgracia. Las almas vehementes y apasionadas, incapaces de resistir el sufrimiento, llegan hasta la orilla del suicidio. En esta época es conveniente bracear en sentido contrario, y en vez de leer novelas de amor empeñarse en áridos estudios científicos: las matemáticas, la economía política, la filosofía, el código civil. Para muchos espíritus ardientes, la política es un calmante, un sucedáneo. Tan sólo prolongadas experiencias nos enseñan la relatividad de las pasiones humanas, y el amor a la belleza ideal nos libera de innumerables ilusiones. En una vida temeraria, difícil e interminable, debemos acostumbrarnos a mirar todas las cosas bajo el aspecto de la eternidad, es decir, en sus relaciones con el universo, considerando todos los momentos de manera continua. Esto es casi imposible en la juventud que es un tenebroso temporal. Las primeras contrariedades nos parecen obstáculos insalvables. Entonces creemos que esa mujer, y sólo esa mujer podrá salvarnos, cuando hay continentes enteros, cuando nuestro propio vecindario vive dichoso sin que ella figure para nada. Una corta ausencia puede curarnos radicalmente,

porque conocemos rostros aún más hermosos, y porque en la juventud "hasta la carne del corazón retoña". Con los años, la experiencia puede hacerse imposible. La osificación llega con la vejez y con ella termina el poder de cicatrización. Y el espíritu radiante que veinticuatro horas después de abandonar a una de las gracias se le declaraba a la sirvienta, se apega a los queridos recuerdos y hace de ellos su mortaja. Se necesitan años enteros de tribulaciones y de luchas para recobrar la serenidad. Los peores estados de angustia son los que ocasionan un amor contrariado por los celos, por la indiferencia, por la intervención de un extraño, por la imposibilidad material o moral. Para describir estos fenómenos más que la filosofía sirve la intuición poética. Shakespeare enseña más que todos los textos de psicología. Por él hablaba la sabiduría divina. Sería insensato pensar que tuvo la avaricia de Shylock, la perplejidad de Hamlet, las pasiones de Ofelia y de Desdémona, la maldad cósmica de Lady Macbeth o los celos del moro de Venecia. Otra cosa es balcón de Julieta. Quien no se ha acercado a él pertenece a los elementos.

La teoría stendhaliana del amor se encuentra ya en "Las Amistades Peligrosas", de Pedro Choderlos de Laclos. Nuestra fantasía le presta los más exigentes cosméticos a una muñeca imaginaria. Porque no hay que engañarse. El encanto que uno cree encontrar en los demás es en nosotros donde existe, y es el amor quien embellece tanto el objeto amado. Paul Valery resumió admirablemente esta idea en estrofas imperecederas:

Dulce creación de mi silencio,
tus lentos pasos musicales,
hacia la sombra de mi espera,
avanzan mudos y glaciales.

Visión pura, sombra divina,
cuán dulcemente llegarás,
todos los dones que adivino,
en tus pies desnudos vendrán.

Si ya tus labios incitantes,
preparan por saciar su deseo,
al habitante de mi mente
el suave manjar de los besos,

¡No apresures el tierno instante,
ser o no ser de lo soñado,
que yo he vivido de la espera
y mi corazón de tus pasos!

Si esto es así, podemos cambiar fácilmente de ficciones y buscar nuevos calvarios para coronarlos de ternura. Lo único cierto que existe es la inconstancia de los afectos, las intermitencias del corazón. La fidelidad absoluta sólo se consigue en el sueño y es el deseo insatisfecho quien la procura. Los que hagan de esta teoría la sustancia de su vida, difícilmente serán víctimas de un amor infortunado. Desgraciadamente las teorías sosiegan la inteligencia, pero no sacian el cora-

zón. Ni siquiera la verdad matemática está exenta de aventuras. Por esto aún las almas mejor disciplinadas en el sufrimiento pasan terribles noches de desolación en que no escuchan sino un lento ruido de lágrimas.

Al lado de los amores trágicos existen los amores equilibrados, plenamente compartidos. A ellos se llega ordinariamente después de sucesivas catástrofes, de la propia manera que un vallezuelo tranquilo es el producto de prolongadas destrucciones geológicas. No hay fuerza que pueda compararse al ímpetu de la corriente mágica que brota del templo de Afrodita. En vano se le oponen las rocas y las montañas. Todo lo sobrepuja. La muerte misma es un accidente para los que aman. Hay criaturas de una fragilidad de porcelana que tiemblan ante el despertar de una rosa y que se levantan titánicas ante el destino para defender un minuto perfecto.

Debía ser muy grato en la Edad Media, en tiempos caballescicos, dominados por amores absolutos y por odios implacables, darse cita al pie de la almenadas murallas, con una mujer imposible, cuando el carcelero custodiaba la puerta con su espada de fuego. Un beso conquistado así por un paladín valía un reino. ¡Qué titánica parecía la princesa desafiando la deshonra y la muerte, cuando el mundo se volcaba sobre su desmelenada cabellera, cuando todos los horizontes estaban cerrados a su paso, y tomaba la resolución definitiva de aceptar todas las consecuencias de una pasión sobrehumana! Era el ángel caído orgulloso de su derrota.

Escena como para un paso de novela, con un hipódromo al fondo. Ella estaba allí, había ido para cumplir la cita. De su palabra hizo siempre un hecho irrevocable como un sacramento. Pero en el instante de la alegría, pita el automóvil del adversario, y en el desolado horizonte fulguran el castigo y la muerte, la tierra se derrumbaba, su cielo familiar se destruía. Con una suprema serenidad arranca todas sus velocidades a la bestia de acero, y busca en un recodo de la carretera dos minutos de ternura. ¡La vida jugada por un beso! Se admira el arrojado alcanzado en un campo de batalla, pero no el heroico y sublime sacrificio de una vida que combate valientemente contra el destino y el dolor. Y la tarde se hacía de seda cambiante como una gema. El heroísmo está en todas partes, menos en las plazas públicas.

La elección en el amor es casi siempre un capricho, y de allí la persistencia de ciertos rasgos en las diversas mujeres que llenan nuestra vida. Unos se enamoran de la sensibilidad, otros de la ternura, otros de la gracia, otros de la belleza. Persisten también el color de la piel, el contorno de la muñeca, la ondulación del talle, el extraño terciopelo de una mirada. Pero ningún hecho inclina tanto la balanza como la experiencia desdichada de un amor anterior. Dos seres que sufren por una misma causa encuentran en este hecho la más vehemente de las afinidades electivas. No solamente el amor no es ciego sino que es clarividente. En una ciudad de un millón de almas se encuentra siempre a la criatura elegida. El amor animador, plenamente satisfecho, es una fuente inagotable de energía. Ningún obstáculo lo detiene, ningún temor lo abruma. ¡Con qué sereno dominio se contempla el universo! De allí el error de los que piensan hacer una fortuna para rea-

lizar un matrimonio, cuando éste puede ser el sésamo de los tesoros escondidos. Hay que ver la energía extraterrestre de un recién casado, las potencias ocultas que despiertan en su vida. Todas las dificultades son pequeñas y el éxito lo acompaña.

No debe olvidarse nunca que el amor es una conquista penosa y que hay que tratar de conservarlo a cualquier precio. Todo sacrificio es insignificante. No hay que faltar nunca a una cita de amor, así sea en la hora suprema de nuestra vida. El día en que faltemos a ella la persona amada debe tener la certidumbre de que nos ha ocurrido una intensa desgracia. En el instante en que se decide el destino de un pueblo siempre es posible encontrar los dos minutos necesarios para escribir una carta clandestina, así sea preciso atravesar el anillo de fuego de las multitudes o abandonar la sala de las deliberaciones graves. Los negocios del alma están por encima de todos los intereses humanos. De allí la fuerza invencible de la mujer en la historia. Su poder no está en el sufragio universal sino en su abnegada ternura. El hombre puede ascender imperturbable hacia el pedestal, pero sus rodillas de bronce se doblan en las colinas del deseo o en el valle cargado de promesas. Por esto en la mujer están todas las claridades del cielo y los resplandores del abismo.

Casi se reconcilia uno con Benjamín Constant cuando le escribe a la señora Recamier, en el breve instante que le roba a sus faenas oficiales: "Detestables intereses de Europa que me privan de estar una hora contigo". Es deplorable para la biografía de Meternich que se haya desmentido la leyenda de que dejó escapar a Baviera de las garras de Austria por prolongar una velada con la bella Duquesa de Sagan, durante aquel congreso de Viena tan mal reputado entre los historiadores, porque tiene el perfume de los vals del Danubio. Nuestro interés, nuestro amor propio, nuestra vida misma deben desaparecer delante de la mujer amada. El que coloca su orgullo, su dignidad, por encima del amor, es porque ya no ama. Se pueden perder años enteros por alcanzar una sonrisa. Debemos acostumbrarnos a pedirles perdón a las mujeres aun por faltas que no hemos cometido. En el templo del amor está más alto el que ora de rodillas que quien gesticula desde el coro. En un minuto de alegría puede refugiarse toda una vida.

Ordinariamente el mejor camino para conquistar a una mujer es no amarla. Así están más despiertos los sentidos, es más fácil conservar el control sobre sí mismo, medir el alcance de la tempestad y dominarla. Pero en esto hay algo de mezquino, es la ruta de Don Juan. Sin embargo, en el amor es inútil toda experiencia, porque nunca se dieron dos batallas en el mismo campo. Amar es olvidarse. En esta aniquilación del alma encuentra su renacimiento celeste, su corona de luz, el resplandor inmortal de su ser. Bien se ha dicho que nadie es digno de ser amado. La originalidad de Zorrilla está en que convierte al burlador en un amante. Ante la ingenuidad de Doña Inés cae vencido. Ya no seguirá por la alameda interminable buscando suaves talles de avispa. Súbitamente se le ha revelado el amor universal, torbellino cósmico que enlaza almas y mundos, espiral infinita que va desde la oruga hasta la estrella. La salvación de Don Juan es un símbolo eterno. Hay amores que nacen como un simple capricho, como el

deseo efímero o pecaminoso de una noche de baile. Pero hay almas sublimes que transforman todo lo que tocan. Entonces germinan aquellas pasiones desgarradoras, que vencen y sobrepujan al destino, amores tardíos como la floración de los áloes, hechos para demostrar que Dios existe. Y es también El quien los comprende y los perdona.

Clásica es la definición platónica del amor como "el deseo de engendrar en la belleza". Pero, como lo ha escrito Santayana, Platón que fue un gran filósofo sabía muy poco del amor. La prueba es que renunció a él en una noche delirante, después de romper la copa del último festín entre el coro de las gracias y de las ninfas. Sin amargura despidió a sus amigos y se entregó al estudio de la filosofía socrática. Es cierto que a veces pueden sentirse amor y deseo por una misma persona; pero también es posible amar desinteresadamente. Se puede desear a una mujer particular sin quererla. La esencia del amor es la falta de egoísmo. Hay criaturas sublimes que se resignan a permanecer ignoradas del objeto de su amor y que se consuelan con saber que aquél es noble y feliz. En otra forma no se explicaría el éxito alcanzado en la antología francesa por el soneto de Arvers, una de las creaciones más puras de la lírica universal:

Hay un misterio en mi alma y un secreto en mi vida;
una pasión eterna de súbito formada;
en mi alma llevo siempre la irremediable herida
y aquélla que la hizo nunca ha sabido nada.

Inadvertido paso cerca a la bien amada,
siempre a su lado y siempre solitario, cumplida
veré sobre la tierra mi sombría jornada,
sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida.

Ella, a quien Dios ha hecho dulce y buena, su senda
prosigue distraída, sin que oído atienda
el murmullo amoroso que en pos dejando va,

fiel al deber nuestro y apegado a su huella,
dirá al leer estos versos inspirados por ella;
¿Qué mujer será esa? y no comprenderá.

Que estos amores existen lo atestiguan con su vida y con su obra Petrarca, Luis de Camoens y el florentino atormentado que duerme su sueño de inmortalidad en Rávena. Ellos desgranaron sus días como un rosario de lágrimas ante el altar del buen deseo. De allí viene todo el hechizo de sus cantos. Unidos con Laura, con Catalina de Atayde y con Beatriz, en un amor dichoso, no nos hubieran dejado el dulce fruto de sus amores espirituales. Del sagrado costado manan raudales inagotables de ternura. ¡Desgraciado el que no ha vivido durante años enteros el soneto de Arvers! Entonces ignora el encanto de las prolongadas esperas, las noches de silenciosa adoración, el místico vuelo hacia el paraíso desconocido. El hada cariñosa de la ilusión ilumina los floridos senderos. A pesar de la incapacidad casi absoluta de los hombres para amores espirituales, existen estas pasiones extrañas que constituyen una religión, rival de la verdadera. El hombre, según dijo San A-

gustán, nació para ser espiritual hasta en la carne. "Carne espiritualis": no se ha dicho nada más profundo ni más bello. Esto es lo que no comprenden los que no han sentido las tormentas de la carne, ni conocen la pura luz del alma. El divino comercio entre el cuerpo y el espíritu constituye toda la clave de nuestra redención.

Hay noches, de una belleza misteriosa, en que el cielo está dispuesto como para una fiesta y en que la luna compasiva vierte su claridad augusta, nupcial y solemne. Entonces nos provoca pasearnos solitarios bajo los árboles, contemplando las colinas que se visten con cendales de luz. El aire está quieto, sereno, y escuchamos un silencio infinito que llega desde la eternidad. Quisiéramos rezar exaltadamente. ¡Si hay un límite en el amor, no es vuestro, Señor, sino de los hombres! "Es preciso pensar que el amor, y aún el deseo carnal, se encuentran en el camino de la perfección por cuanto son aprendizajes del sacrificio. Un ser que ama al otro con toda el alma, está dispuesto a realizar por éste lo que más tarde hará por Dios". Silenciosamente buscamos la adorable imagen que interpreta nuestros sueños en el fondo de nuestra alma, pero se la roba la sombra fugitiva de la luna. Apenas si recordamos los parajes donde hemos transitado con ella: las flores de su balcón, la fachada del Hotel Moldavia, el pequeño jardín más perfumado que un incensario, la carretera donde devoramos el viento, y hasta la ligera brisa nocturna donde respiramos juntos el mismo dolor y la misma soledad. Pero seguimos trabajando sobre su imagen con devoción, como esos pintores que no tienen sino un breve apunte de un sitio amado y que de allí logran extraer hasta el perfume de un minuto inmortal. El éxtasis y la contemplación nos recompensan siempre. El ángel vendrá y nos besará en la frente y convertirá el paisaje en un palacio encantado.

¡Cómo era de grata nuestra vida cuando estábamos a su lado! Al amanecer nos instalábamos a orillas del río del sonido, esperando la nota que se le olvidó a Beethoven. Ningún autor ha descrito la impaciencia de aguardar una llamada telefónica. Pensar que al otro lado de esa cosa sombría está el hada que ha de traernos la felicidad y que podrá venir más veloz que un mago en las historias de hechicería. Suena un timbre, palpita nuestro corazón de alegría, pero no es ella, es algún importuno que nos pregunta por los negocios de este mundo. Al fin llega. Pero las brujas interrumpen la conversación o es preciso suspender un momento para hacer una llamada de urgencia. ¡Y vuelve otra vez la voz angélica y su ritmo nos reconstruye una tierra paradisíaca, todavía no manchada por los pecados de los hombres, un golfo lejano, música, trinos, el jardín de las caricias! Así transcurren las horas en una perpetua melodía. ¡Qué importa que el sueño no venga a nuestros párpados si toda la noche podremos seguir escuchando el eco de esta arpa celestial!

Hay que vivir intensamente el mediodía del amor, sin contar el tiempo, sacrificándolo todo, inclusive nuestra propia tranquilidad. Es la hora del amor, aquel momento en que el fruto alcanza su tibia y jugosa madurez. Llegará un día en que tendremos que vivir de recuerdos; hagamos para entonces una rica colección de ellos y que no nos quede el arrepentimiento de haber dejado pasar la estación de

los dulces suspiros. Hagamos de nuestras vidas el sueño de una noche de verano.

¿Cómo se manejan las cosas en torno suyo? ¿Qué hay de los geranios, del gato y de los palomos? La mujer amada es la diosa esencial de la naturaleza, para la cual florecen los jardines, maduran las cosechas y corre el agua. No podemos concebirla, sino adorada por todos los elementos. Ella está en la luz del día y en las sombras nocturnas; en el juego de los surtidores y en la sollozante albura de los lirios; en las mañanas tranquilas y en las noches de borrasca; en la sencillez de la naturaleza y en las más refinadas creaciones de arte. Un dios amable la hizo para nuestro deleite y todos los objetos del mundo hacen relación a ella. Cuando se ama, el universo es un inmenso santuario. El verdadero amor debería llevarnos a los claustros.

Ordinariamente en todo proceso amoroso hay un estado patológico negativo y un estado normal esencialmente creador. Ambos son igualmente útiles, pero debemos curarnos del primero si queremos restablecer el equilibrio humano, nuestra naturaleza productiva. Esto es lo que se llama *catharsis* o sea la limpieza del alma. Grandes amenazas pesan sobre nuestra personalidad y es necesario construir diques y fortalezas. Hay una vida psíquica que se escapa a nuestra conciencia; allí están los túneles del subconsciente y las tinieblas del alma. La autocrítica, el psicoanálisis es preciso utilizarlos con precaución, como ciertas drogas reservadas a los especialistas. Hay verdades para la artesa del pan y verdades para la artesa de los venenos. El psicoanálisis, como lo anotaba el mismo Freud, no es una inquisición científica imparcial, sino un acto terapéutico; no busca esencialmente probar, sino modificar algo. Cuando estamos ante un estado de tribulación producido por el amor, debemos analizar serenamente cada una de las situaciones, disociar los recuerdos, procurar que los pensamientos ocultos lleguen a la zona iluminada del espíritu. "Desde el momento en que los procesos inconscientes llegan a ser conscientes, los síntomas neuróticos desaparecen". Por esto la cura analítica consiste en la disolución de los hábitos morbosos, mediante su reducción al recuerdo de los sucesos que los han originado. En estos casos es útil apelar a un amigo, a un confidente que avance con nosotros hacia las regiones del infierno interior. Esto porque es muy difícil convertirse en el espectador de las propias pasiones, y toda terapéutica exige la indiferencia dominadora del médico. La razón y la inteligencia son el hilo de Ariadna en el complicado laberinto. Pero no hay que curarse demasiado, porque el hombre normal puede llegar fácilmente hasta el magnífico equilibrio de los imbéciles. Sólo los nerviosos han creado algo en la historia desde Julio César hasta Byron el temerario. Hay que vivir con una intencionalidad apasionada, persiguiendo lo inaccesible y lo esencialmente inagotable, el eterno femenino, lo que nos eleva a las esferas superiores.

El amor no debe ser tampoco un fin en sí mismo, una meta dominadora y exclusiva. La pasión embellece todas las cosas y viste el universo con claridades celestiales. El ópalo de una carne perfecta ilumina la naturaleza sensible, vierte su luz consoladora sobre la materia inferior, como se refleja la pura claridad del día en el cristal del

agua. Todo el encanto de la vida está en la persecución de un fin ideal, que a la postre no conseguimos. Pero este destino interminable renueva nuestro dinamismo psíquico. Hay que viajar por el mundo con cierta despreocupación, deleitarse con el paisaje, conversar con los amigos, visitar puertos y ciudades, gustar el encanto de las hosterías. El que no lleva más obsesión que el término de su viaje es el caballero de la muerte que cabalga enloquecido sobre un rocín esquelético. Al fin de la jornada contemplará su propia calavera sobre el espejo de sus ansias. La senda del peregrino y las posadas en que se detiene no son ni el paisaje entero que ve mientras viaja, ni el verdadero altar ante el cual se inclina. El fruto verdaderamente sabroso de la existencia, ha escrito Santayana, hay que cogerlo de pasada, y son las diversiones, la bondad y la belleza.

No hay que renunciar a ningún placer por temor al mañana, porque nuestra planta está hecha del limo de la tierra y pisa arenas y cenizas. El futuro es un término irrevocable y no está siempre en nuestras manos alcanzarlo. Gocemos del sol, del vino, de los placeres, de las tibias bocas sonrosadas. Cojamos la flor en la mañana, porque en "la tarde estará ya marchita". Hay que ser los poetas de la vida para los cuales nada es real. Azul, clara, profunda se extiende ante nosotros la inacabable senda y hay que esclarecerla con canciones. Cuando llegue la penuria de los goces encontraremos nuevos placeres, y lo que nos niegan los sentidos halla su plena compensación en la vida del espíritu. No hay que temer tampoco los sufrimientos producidos por el amor, las semanas de angustia cuando nos parece que el universo ha terminado y que la luz dorada de la tarde no volverá a cantar sobre las mudas rocas. El amor está hecho de esclavitud y de liberación. De este océano de tormentosas aguas regresamos con una conciencia siempre despierta para crear cosas bellas y durables. Una sombra bienhechora descende de cielos desconocidos; una paz profunda se extiende sobre el campo devastado por la tempestad. Dios se reconcilia con los elementos y el espíritu vuela hacia alturas inimaginables.

La noche abre su abanico de sombras y todavía se escucha la canción del peregrino. Ya empiezan a callarse todos los ruidos del mundo. Sobre las altas cimas de quietud de las eternidades. Caen las hojas marchitas de los árboles y se cierra pudorosa la corola. No hay trinos ni arrullos. El cielo estrellado parece un vasto túmulo de zafiro. En vano el tenaz recuerdo llega hasta el alma desolada. Y sigue la canción del caminante. ¡Alma querida, tú reinas sobre este paisaje nocturno! ¡Oh atormentado corazón que tanto sufres, pronto descansarás tú también en el silencio de la noche sin fin!